

Juan del Val

Bocabesada



JUAN DEL VAL
BOCABESADA

© Juan del Val, 2023
© Editorial Planeta, S.A., 2023
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B.13.611-2023
ISBN: 978-84-670-6979-2

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Unigraf, S.L.
Impreso en España/*Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Una maleta azul oscura da vueltas encima de la cinta número dieciséis que sigue girando indiferente y olvidada. Hace rato que desaparecieron de su alrededor los viajeros soñolientos que pasaron la noche en el avión, caras cansadas, esa forma de sentirse sucio cuando se duerme vestido, que no es dormir ni no dormir, el pelo desordenado, el sabor espeso de la boca y el bostezo inevitable.

Esa maleta azul era una más entre otras, grandes o pequeñas, bolsas de viaje, bultos de formas indefinidas, un par de carritos de niño y mochilas tan llenas que parecen a punto de estallar. Todo ha ido desapareciendo junto a sus dueños, camino de la parada de taxis, del metro, de los autobuses, en busca de la ciudad que les absorberá, cada uno por su lado. La maleta azul hace rato que dejó de ser una más para convertirse en única, solitaria e inquietante, a la espera de que alguien la saque de allí o de que al menos detenga ese movimiento circular hacia el mismo sitio.

Una productora de series de televisión que está en un portal que está en una calle que está en uno de los mejores barrios de la ciudad.

Ana se sienta detrás de la mesa al lado de la recepción y repasa las citas en la pantalla del ordenador. Es la primera en llegar, le gusta mucho este rato a solas hasta que la productora se va llenando, ese primer café antes de que comience el ruido. Ha preparado la sala de reuniones; esta mañana vienen dos directivos de HBO para escuchar la propuesta de una nueva serie basada en uno de los libros superventas del pasado año. Estas reuniones en las que se intenta vender una serie a una plataforma se llaman *pitch*. El inglés siempre, hasta el absurdo.

Dentro de un rato, las mesas se irán ocupando. Ana vuelve a mirar su móvil, sigue sin haber ningún mensaje de Martín. Ayer discutieron, ella se marchó a casa y él a la suya, supuso. No recuerda el motivo de la discusión, fue todo extraño, él parecía diferente a otras veces.

Camilo Orellana abre la puerta y sonrío a Ana como cada mañana: «Buenos días», dice. Pantalón negro, camisa vaquera, zapatillas blancas y una americana verde de lana. El jefe siempre es el primero que llega después de ella. Guapo, amable, seguro, seductor, Camilo es defi-

nitivamente superior al resto. Así le ve Ana. En todo. Son las nueve menos diez de la mañana.

Camilo Orellana tiene cincuenta y un años que no aparenta, cincuenta y un años de plena forma. Camilo es viudo y tiene un hijo de casi treinta que se llama como él. Camilo, el padre, empezó a vivir muy pronto. Camilo, el hijo, se quedó huérfano de madre cuando entraba en la adolescencia. Al chaval le costó superarlo, será por eso que nunca ha estado centrado. Los psicólogos mantuvieron cierto control en la mente de aquel niño dolorido, aunque siempre ha estado al límite del precipicio. Demasiada juerga, compañías regulares, más cocaína de la necesaria. Vive con su padre, su currículum: dos carreras empezadas sin pasar del segundo curso. Camilo confunde a menudo la fecha en la que se quedó viudo, tiene que pensar mucho tiempo para concretar con exactitud cuándo se produjo la muerte de Estefanía, así se llamaba su mujer. Ahora se van a cumplir quince años. Un cáncer de páncreas, rápido y violento, acabó con ella en pocos meses. Apenas les había dado tiempo para asimilar el diagnóstico cuando Camilo y su hijo recogían las cenizas de Estefanía para depositarlas en un nicho del cementerio de Pozuelo de Alarcón, el municipio donde ella había nacido y donde vivía la familia. Padre e hijo, vendieron la casa en la urbanización La Finca en la que residían y se mudaron a Madrid, al barrio de Salamanca, cerca de la productora BB. Allí sigue viviendo con su hijo, que aún no ha cotizado porque

sigue buscando su camino. Escribe guiones, casi siempre malos, que su padre analiza sin la más mínima compasión, alguna escena suelta hace intuir un talento irregular y escaso. Camilo quiere a su hijo, otra cosa es que le caiga bien.

Jacinto, el portero del edificio, hace rato que metió los cubos de basura vacíos dentro del patio y los agredió con la manguera de agua a presión y un poco de lejía. Como cada día, lo hace antes de colocarse su traje gris de paño grueso y su corbata negra para empezar la jornada. En verano, mantiene la corbata encima de una camisa blanca de manga corta. Hoy Jacinto ha comenzado bien el día. Camilo, el dueño de BB, la productora de cine y series para televisión del cuarto piso, le ha dado esta mañana un puro habano, lo hace de vez en cuando. «Disfrútalo, que es de los buenos», afirma con esa seguridad con la que lo dice todo. Jacinto, el portero del edificio desde hace más de treinta años, no lo sabe, pero Camilo Orellana le da el habano por superstición, siente que hacerlo le trae suerte; no hay ningún motivo para creerlo, pero lo cree. «Quién sabe», piensa, hoy tienen el *pitch* con los de HBO para una serie. Jacinto ha desayunado, como cada mañana, picatostes con café con leche muy caliente que le ha preparado Agustina, su mujer. Anda preocupado porque ella tiene la cabeza cada vez peor, a ratos no lo conoce y se queda con la mirada perdida. En alguna ocasión, le ha confundido con su hijo, Miguel; otra vez se alarmó al verle con ella en la

cama, como si fuera un extraño. Jacinto no quiere pensar en eso, pero lo hace mientras guarda el puro en el cajoncito de la mesa de la portería.

Rocío Vizcaíno vuelve hoy a BB después de la baja maternal a la que añadió días de vacaciones pendientes, en total lleva poco más de cuatro meses fuera. A Ana no le gusta Rocío, aunque procura, sin éxito, que no se le note. «Ojalá no se haya recuperado del embarazo y siga gorda», piensa. A veces los pensamientos se oyen a gritos. Rocío Vizcaíno es la jefa del departamento de producción de BB en la que trabajan cuatro chicas más; chicas invisibles, diferentes pero idénticas, cuatro que podrían ser una, como una parecen las cuatro mesas enfrentadas, dos con dos, en las que se sientan. Hay una más gordita, otra de mechas más claras, otra de ojos azules y otra de pecho más abundante... Eficaces las cuatro que son una, bajo la tutela de Rocío. Se llaman Laura, Eugenia, Carmen y Pilar, pero qué más da cómo se llamen. Seguramente tendrán sus familias, sus padres que las quieren, hermanos quizá, dos de ellas puede que incluso tengan pareja, las otras dos a lo mejor no, y tendrán sus ilusiones, su atractivo y sus complejos, aunque todo eso también da igual. Son chicas, mujeres, personas irrelevantes las cuatro para muchos dentro de BB. Trabajan para Rocío en el departamento de producción que es uno de los más importantes de la empresa, pero

para algunos no cambiaría nada si sustituyeran a cualquiera de ellas por otra cualquiera. Cualquiera, ese pronombre tan cruel. Tan indefinido.

Camilo le ha dicho a Ana que encargue un ramo de flores de bienvenida para Rocío y que en la tarjeta ponga justamente eso: «Bienvenida, Rocío». Ana es secretaria de dirección de BB, una especie de coordinadora general de la empresa y, sobre todo, la secretaria personal de Camilo, su mano derecha. «Y la izquierda», añade él con un tono demasiado condescendiente que a ella le molesta un poco. A veces se siente una pieza importante de la productora, otras, una simple chica para todo. A las diez bajará a por el ramo, cuando abra la floristería que hay en la esquina. Es el negocio más bonito que hay en la calle en la que está el número 23, en cuya cuarta planta está BB. Entre la floristería y el portal 23 hay un restaurante que se llama La Torreta, al que Camilo Orellana lleva a las visitas importantes o baja a almorzar él solo. El jefe no come nunca en la productora. La mayoría de los empleados se traen comida de casa y la toman en el comedor, una sala habilitada para eso con nevera, microondas y cafetera. Algunos, los que viven más cerca, se van a su domicilio y vuelven sobre las cuatro.

«¿Dónde estás?», Ana le escribe un wasap a Martín. «Esta mañana vienen los de HBO para la serie sobre tu libro, supongo que lo sabrás», añade en el siguiente. «Debería interesarte, la verdad es que no te entiendo», el

tercer wasap. Él los ha leído, ella lo sabe, el doble clic azul. A Ana le recorre por el estómago una mezcla de preocupación y enfado, también rabia. Rabia lo que más. Nunca debió empezar esa relación, que no es una relación. Ya es tarde, ahora es dependiente de él, de él y del sexo con él, tan distinto y tan brutal. La productora ya está llena, ha llegado todo el mundo.